19 de agosto de 2004

la tercera

VENEZUELA DESPUÉS DEL REVOCATORIO

Por J.J. ARMAS-MARCELO. Escritor/

SALVO la Coordinadora Democrática, los perdedores del revocatorio que tuvo lugar el pasado 15 de agosto en Venezuela, ningún gobierno ni institución política alguna ha puesto en duda el triunfo en las urnas del presidente Chávez. Las sospechas y acusaciones de «gran fraude» proceden todas de la misma Coordinadora Democrática, que no acepta el triunfo del actual presidente venezolano y afirma que se ha producido una gran estafa. Sin embargo, los observadores internacionales, encabezados por el ex presidente estadounidense Carter y por la OEA, con César Gaviria al frente, no encuentran indicios de fraude en el triunfo del que muchos han bautizado como «el caudillo bolivariano», título que no sólo no disgusta al propio Chávez sino que él mismo lo ostenta como ganado a pulso.

«Nosotros siempre somos buenos, pero somos mucho mejores de la medianoche p´al día», gritaba un Chávez exultante desde el balcón de Miraflores, cuando ya podía cantar victoria e intuía con razón, además, que sólo algunos de sus enemigos políticos y la Coordinadora Democrática pondrían en duda su triunfo, un éxito político que lo ha sido -desde mi punto de vista- no sólo por los métodos usados por Chávez y el chavismo para «manejar» la parte del león en la legalidad del procedimiento electoral venezolano, sino por los errores mayúsculos de análisis que han cometido quienes, perdedores del revocatorio, no aceptan la pérdida de la Arcadia con la dignidad que se les tiene que seguir suponiendo a estas alturas de la derrota. Cierto: un demócrata, una organización democrática, cualquiera que ella sea, sabe o debe de saber que, una vez aceptados los procedimientos legales de un proceso electoral, aunque en la preparación de ese mismo proceso y en los prolegómenos de su celebración las sombras hayan sido mucho más claras que las mismas luces, no queda más remedio que aceptar también los resultados del mismo al final de la votación. Sin embargo, la Coordinadora Democrática insiste en calificar de gran fraude el ejercicio mismo y el resultado del revocatorio. ¿Gran fraude? Adelante, entonces, con las pruebas para que la misma opinión pública internacional que los apoyó, en su proyecto de referéndum y en su hipotética victoria, tengan en las manos algo más que la declaración retórica de perdedores que no quieren ni saben aceptar la derrota.

Lo primero que la Coordinadora Democrática debería tener en cuenta a estas alturas del fracaso del revocatorio es la aceptación del triunfo electoral de Chávez por parte incluso de sus más encarnizados enemigos políticos: los Estados Unidos de América. Los voceros oficiales de la Coordinadora deberían hacerse cargo de la respuesta real de los mercados del petróleo ante el triunfo de Chávez y la traducción de esta respuesta en las bolsas del mundo entero, una vez que los petrócratas respiraran tranquilos ante el éxito del «caudillo bolivariano». Lo segundo, que tal vez también sea parte de lo primero por parte de la Coordinadora Democrática, es la necesidad urgente de reflexionar en profundidad sobre el fracaso de su objetivo y no acudir, salvo que las pruebas públicas así lo justifiquen, al socorrido lamento del perdedor que se niega a ver la viga en el ojo propio, mientras señala como un gran ladrón de votos, con un cierto grado de patetismo histérico, a quien le ha ganado en buena lid, mientras no se demuestre lo contrario.Y lo tercero, y no menos importante, es alejarse con todas las de la ley de las supuestas o reales tentaciones en las que una celotipia excesiva y una mala digestión de la historia propia puedan hacerla caer a corto o a medio plazo.

Cuando hace ya años se produjo -y hasta se provocó- el llamado «caracazo», Arturo Uslar Pietri protagonizó con su influyente firma una campaña contra Carlos Andrés Pérez, al que culpaba de la

gravedad de la situación. Tenía bastante razón en sus argumentos. Aquellos barros de la democracia venezolana, enquistada en determinados triunfos económicos (gracias a las riquezas naturales de Venezuela que lo siguen situando entre los países «naturalmente» más ricos del mundo) y cimentada sobre unos «modernos principios rectores de la democracia», trajeron los lodos posteriores y arrastraron a Venezuela a su situación actual. Hoy me hubiera gustado saber qué hubiera votado Arturo Uslar Pietri en el referéndum revocatorio y qué, de seguir todavía con vida, hubiera escrito sobra su Venezuela de ahora.

De aquellos sucesivos barros, provocados por los desmanes de las elites económicas y políticas venezolanas, mientras los partidos tradicionalmente mayoritarios, Copei y Acción Democrática, se alternaban en el reparto del poder desde los tiempos ya lejanos del Pacto de Punto Fijo, hasta una insaciable, promiscua e inaguantable corrupción institucional, saltaron desde el fracaso del golpismo al triunfo de las urnas el actual presidente Hugo Chávez Fría y su movimiento bolivariano, fenómeno político que ahora acaba de ganar el referéndum, tras haber ganado ya dos elecciones anteriores. ¿Por qué la Coordinadora no se pregunta, y estudia en profundidad, las causas y razones por las que Chávez Frías les gana una y otra vez en las urnas, el lugar democrático que, con fe indeclinable, millones de venezolanos a un lado y a otro del espectro ciudadano reafirmaron el 15 de agosto pasado en el paradójico revocatorio?

Al margen de «la tranquilidad» de los mercados petroleros, nada sorprendente ni sospechosa, pero no lejos de la victoria de Chávez en el referéndum que durante mucho tiempo se negó a celebrar, la Venezuela dividida de ahora debe encontrar sin tardanza puntos de encuentro que concilien y calmen el radicalismo de las dos partes y moderen el clima violento que puede sufrir en los tiempos inmediatamente futuros un país cuya inmensa mayoría de ciudadanos, a uno y otro lado de las urnas, detesta y rechaza expresamente esa misma violencia y la inestabilidad económica y política que la genera.

«En Venezuela, país riquísimo, hay muchos más pobres de injusticia que ricos de justicia», dicen los amantes de los brillantes estereotipos. Hasta que falla la confianza y se hace transparente la farsa, siempre tendrá el apoyo de los pobres quien dice venir a borrar del mapa a los ricos. Se cuenta que Olof Palme le preguntó a Saraiva de Carvalho la razón de la revolución de los claveles en Portugal. «Para acabar con los ricos», contestó ufano Carvalho. «Aquí, en Suecia», contestó Palme, «todo lo hacemos para acabar con los pobres». Es poco probable que Chávez y los suyos, desde José Vicente Rangel y Luis Britto a los millones de ciudadanos que lo apoyan, lo hagan todo -como dicen- para acabar con lo que «el caudillo bolivariano» llama «la oligarquía», en la que se incluye con desvergüenza y delirante injusticia a una clase media y profesional, hoy cada vez más empobrecida e irritada con razón, que hizo de Venezuela, a pesar de los pesares, una de las democracias más prósperas y dignas de América.

La Venezuela de los últimos tiempos no ha mejorado gran cosa ni es ya la tierra generosa y acogedora de emigrantes del mundo entero que se sentían venezolanos de pasión y existencia al poco tiempo de conocer parte de Paraíso, con toda la dureza del trabajo y la satisfacción de sus logros. Esta Venezuela de ahora es un país partido en dos, donde se ha cultivado la división ciudadana, y la descalificación y eliminación del enemigo político como si fuera la más perversa de las artes de la guerra. Todo eso con el litro de gasolina a menos de nueve de las antiguas pesetas, diez veces menos que el precio de venta al público de una botella de agua. Todo eso bajo la égida de un «caudillo» iluminado que, con su constitución bolivariana en una mano y el nombre de Dios constantemente en su boca grandilocuente, gana una y otra vez sus disputas en las urnas con el apoyo mayoritario de los venezolanos, que lo votan más por derrotar a los que lo quieren ver fuera del poder que por confianza en su errático proyecto.